

CONCLUSIÓN FINAL

Pradal, con hondo sentimiento de español, se vio obligado a abandonar su tierra, llevando con estilo ascético un duro exilio, que sería el primer eslabón de esa larga cadena de sacrificios a que se vio obligado. Quien bien sabía de sacrificios y renunciaciones escribiría en "Un hombre de la Anti-España"⁽¹⁾:

"La renunciación, para quienes son capaces de ella, es virtud que da placer amargo. También es amargo el placer del tabaco, pero el de renunciar es profundo y tan duradero a veces que a través de muchos años da aún el imaginativo regusto de aquello que hubimos de renunciar dolorosamente por reacción tal vez heroica de la conciencia.

Podremos renunciar a lo que tenemos o a lo que se nos ofrece; a la propiedad, al derecho, al placer... Hay renunciaciones más dramáticas aún".

Sacrificó su carrera de Arquitecto, que le habría proporcionado una vida cómoda, para ponerse al lado de la clase obrera. Se enorgullecía de pertenecer a una organización principalmente obrera. Comprendió que el nacer dotado de inteligencia y poder desarrollarla cursando estudios no son hechos suficientes para alejarse de las masas y colocarse en un plano de superioridad. Así manifestaría a sus compañeros del Congreso en 1931:

(1) PERICLES GARCIA: *Un hombre de la Anti-España*. EL SOCIALISTA, 19 de Enero de 1956.

"Los títulos dan capacitación pero nunca otorgan privilegios" (2).

Por el contrario, se complacía en poner su saber al servicio de los demás. Se caracterizaba, entre sus amigos, por ser de trato humano y sencillo, a la vez que un gran conversador, siendo en estos momentos cuando sobresalía su vasta cultura.

Pradal estuvo siempre presente en aquellos momentos que el Partido lo necesitó. No era hombre de ostentar cargos, de hecho se negó en numerosas ocasiones a pertenecer a la Ejecutiva del Partido. Prefería desempeñar puestos a través de los cuales se pudiesen obtener beneficios sociales. Pero por encima de todo era un militante disciplinado, aunque no sumiso, y cuando el Partido le pidió su ayuda, no dudó en dejar el trabajo más profesional que había tenido en el exilio, para dedicarse a sus tareas de partido.

En sus 46 años como militante socialista, nunca resignó sus obligaciones, ni se apartó por un solo momento del Partido. Continuó en su lucha hasta el final, entregándose por entero al Socialismo.

Pradal murió a los 73 años, en la miseria, sin otra ayuda que la de sus hijos, cansado y decepcionado. Sin embargo, no se arrepintió de su actitud y comportamiento en la vida, de sus sacrificios y renunciaciones. Una pequeña luz seguía prendida en él, la esperanza en la juventud que algún día podría cambiar el rumbo político de "su España" devolviendo al pueblo la "libertad", por la que él había luchado.

(2) Frase pronunciada por Pradal, durante la discusión del Proyecto de Reforma Agraria, en el Congreso de Diputados el 27 de Noviembre de 1931.